

HABANA.—EL CEMENTERIO.

No creo que exista un hombre que no haya soñado alguna vez con la muerte, por poca que haya oído hablar de *vita transitoria* ó de mundo *perecedero*. Si existiese, sería dichoso, porque sería loco; y sería loco, porque se imaginaria inmortal. Con efecto, para que no pensase en la muerte sería preciso que por su imaginación vagase de vez en cuando un pensamiento infernal; sería preciso que creyese no morir jamás. ¡No morir! ¡Cuán placentero sería también podermos engañar con tan seductora idea! Tal vez sea fácil hacerla, olvidándolo todo, gozando siempre, y no sintiendo ni estos gozos, ni las consecuencias de aquel olvido. Cuando, embriagados nuestros sentidos en los tumultuosos placeres de alegre festín, empicamos las cobardas copas, entonando deliciosos cantares á las hermosas que nos rodean, ó adulando con mercenarios hiridos á los potentados, de quienes todo lo tememos ó esperamos; cuando corremos desahogados á presidir el tocador de la bella, á cuyos atractivos sacrificamos mas de una vez nuestros deberes, nuestro porvenir y nuestra reputación; recogiendo en cambio estudiadas sonrisas, suspiros que se evaporan en breve, recuerdos destinados á lacerar el corazón con los dolores de un tiempo que se pasará bien pronto; cuando ataviados con magníficas gulas y cubiertos de relucientes ropajes nos presentamos en tertulanas, haciendo alarde de ridícula vanidad y anhelando la duración de unas horas robadas al descanso del cuerpo y del espíritu, horas que ardean con su brillante luz los engañosos reflejos de cien quinqués, y cuyo día presagía la viva y melancólica llama del gas; entonces no pensamos seguramente en morir ni en que aquello se acabará. Porque ¿cómo hermanar una realidad tan funebre y molesta con las risueñas esperanzas que en tales momentos nos agitan?

Pero en medio de los gritos y algarazas de la orgía, en medio de nuestros insensatos juramentos de eternar amor, en medio de los armoniosos acordes de una música expresiva y animadora, cruzá nuestra mente un relámpago de negra melancolía que la devora, que desgasta el corazón y la guerra; y pasa á los ojos y los llantos un instante con ríspido resplandor; y ese instante es cruel, es insalvable, porque es un instante de desencanto, en que el hombre ve, quizá por primera y última vez, la verdad. Y la verdad es que una felice existencia mortal, ha atajado los brillantes pasos de su carrera de ilusiones: que sus pupilas se van á cerrar para siempre; que los latidos

de su corazón empiezan á apagarse; que está próximo el morir, y que es indispensable dar el forzoso *adios* á los ensueños que por tanto tiempo allagaron su fantasía, permitiéndole una vida de carnaval por una vida de dolores, y por una sentina de miserias un mundo de felicidad.

La muerte de uno de esos hombres á quienes llamamos amigos, porque hemos creído serlo suyo, ó que lo era nuestro, había llenado mi corazón de una dulce y verdadera tristeza que despertó en mi mente las anteriores reflexiones, y cediendo á un sentimiento irresistible de religioso cariño, impelido acaso por la simpatía que aquella tristeza encontraba en la natural disposición de un ánimo siempre propenso á recibir con ansiedad impresiones melancólicas, quise darle el último *adios* en la funeral morada adonde pronto debía acompañarle, según me anunciaban los padecimientos físicos y morales que me perseguían, y en la cual todos tenemos un lecho preparado que nos convida al reposo.

Hallábame en la Habana, y era una hermosa tarde de mayo de 1859. Velados los rayos del sol por una gasa transparente de azul y blanco, coloraban débilmente los contornos de la capital de Cuba, reflejándose con tintas mas fuertes y brillantes en la colina sobre la cual descansa el imponente *Castillo del Principe*. La brisa del canal de *Bahama* refrescaba el ambiente, abrasado pocas horas antes por los ardores de aquella hoguera misteriosa, cuya lumbre se apagaba entre las flotantes nubes, precursoras de la noche, y una multitud de variegados que á manera de carrozas triunfales ostentaban con orgullo la opulencia y los atractivos de las graciosas hijas del trópico, iba y volvía por la calzada de *San Lázaro*, levantando montañas de polvo, con el cual todas debían confundirse, unas mas temprano, otras mas tarde.

Conducido por modesto *quitrin*, atravesé pensosamente aquel laberinto de *parejas*, de *trios* y de *ruedas*, no sin pensar con amargura en el decidido empeño que formamos los mortales de aturdir con el constante ruido de béticos golpes nuestros pobres sentidos, á fin de adormecerlos, á fin de impedirles devorar las penas que su aquel estrepitoso tumulto de crecidos placeres ampujarían de golpe nuestro corazón, al paso que así lo van royendo poco á poco. ¡Visible farsa! Retardar con paliativos una destrucción inevitable! ¿Pretender que no

sea lo que un poder más fuerte que el hombre ha dicho que *ha de ser!*

El *quitrin* se detuvo en la división de los dos caminos, el de la Chorrera y el del *Cementerio*: bajó. La brisa juguetona de la tarde seguía azotando suavemente las aguas del mar, que formando pintorescas ondulaciones se apresuraban á besar los costados de un buque costero. Inclinábase en el horizonte caprichosos festones de fuego y de violeta, y el abandonado, el negrozo torreón de *San Lázaro*, inmediata á la costa, aparecía en medio de las bellezas naturales de aquel sitio, como un genio maléfico en el palacio de una hada, como la conciencia escondida entre los delicados mundanos. Cerca ya de la triste mansión que ha absorbido tantas felicidades, ajado tantas gracias y consumido tantos planes de gloria y de salud, me asaltó una penosa reflexión, llenando mi alma de aquel doloroso sentimiento que experimentamos al aspecto de una desgracia irreparable. Había dirigido al pasar una mirada hácia la derecha del camino.... el *hospital de Lazarcos* se había presentado á mis ojos; tenía delante de mí la *casa de dementes*, y me encontraba ya en la puerta exterior del *Campo Santo*. Amalgama consoladora para los desdichados que sufren y ríen en los dos primeros asilos que la piedad les ha consagrado, y cuyos tormentos y alegrías deben tener fin en el tercero.

Poseído de aquel respetuoso temblor que al mayor criminal asalta al contemplar la terrible escena en que el hombre y la religión se unen con vínculos indisolubles por medio de la muerte, atravesé la puerta de hierro interior, sobre la cual leí: — *SOMNUELOS Y ESPERA; AÑO DE 1803.* — «*¡Bé aquí, dije, dos nombres que pasarán á la posteridad. ¿Dónde están los que los llevaron? Ellos hicieron labrar estos sepulcros, en los cuales habían de confundirse algunos años después sus cenizas con las de aquellos que en vida no osaron sercarseles. ¡Fatal contribución impuesta á la raza humana! ¿Qué deha esperarlos, si á medida de esta pena han de recibir nuestros crímenes un castigo?*

Los hombres, que en todas las obras destinadas á descubrir sus flaquezas y su nulidad, aparecen dominados por la idea de atenuarse á sí mismos, han construido á derecha é izquierda de aquella entrada dos aposentos; uno para el cura, otro para el sepulturero, como si dijéramos, para el que nos envía y para el que nos recibe; para el fin de la vida y para el principio de la muerte. ¿No es el pensamiento que sin duda presidió á la obra una misteriosa alegoría?... Después de atravesar aquella puerta ahoveada me encontré en el *cementerio*.

Formando dos hermosas calles enlazadas, que forman una cruz perfecta y dividen el terreno en cuatro cuadros exactamente iguales, óvalos de enrejados de hierro, con barrotes y perillas de bronce dorado que la intemperie ha deslucido. Al remate de la calle principal y en frente de la puerta se ve la capilla, en la cual llaman la atención un cuadro deteriorado que representa la *resurrección universal*, al fresco, y las *tres virtudes teologales* pintadas sobre la puerta de entrada á la iglesia y encima de las dos ventanas laterales. Llegan además la capilla diez y seis pilares de mármol blanco, y entre ellos se ven ocho mármolas, emblemas del dolor, con los ojos vendados y el vaso de la amargura en las manos.

El pórtico de esta elegante capilla contiene cuatro columnas, y en el frontispicio, que es un arco de medio punto, se leen las siguientes versículos, formados con doradas letras de bronce:

Ecce nunc in pulvere dormiam. Job. VI.

Et ego resuscitabo eum in novissimo die. JOAN. VII.

Sobre el mismo frontispicio del pórtico se eleva una cruz de piedra de regular tamaño; toda la parte interior de aquel, así como la de la capilla, está pintada de color rojo con manchas negras. En la última no hay más que un altar hecho de *losa de San Miguel* (1), imitando la figura de un sepulcro, con dos pilastrias dobladas, y sobre su gradal, igualmente de piedra, un Crucifijo de marfil colocado en una cruz de madera, cuyo pie descansa sobre un peñasco. A todas horas del día y en la noche arde una lámpara delante del altar.

El virtuosísimo obispo Español y Latino concibió la idea de la construcción de aquel *Cementerio*, en la cual sola se tardó poco más de dos años, desde 1804 hasta 1806, siendo capitán general y gobernador de la Habana el esclavizado marqués de SOMBREROS, quien acogió con singular complacencia el proyecto del dignísimo prelado, auxiliándole con diversos materiales y poniendo á disposición del maestro encargado de la obra todos los brazos útiles del presidio (2). Por su parte el obispo contribuyó para la misma con una *cedente y dos mil duros*, habiendo ascendido la cuenta total de los gastos á la cantidad de *cuarenta y seis mil ochocientos sesenta y ocho*, suministrados en parte por los fondos de fábrica de la catedral, en calidad de

préstamo, y por algunas mandas piadosas, aunque estas en corto número.

Después de haber contemplado por espacio de algunos minutos el cuadro del último día del mundo, día en que el hombre no aprovechó para negar sus culpas la máscara hipócrita con que las culpas y las cubrió hasta entonces, salí de la capilla y me interné en el *Campo Santo*, en aquel cuadrilongo de enterramientos aseñala pies Norte-Sur y de trescientos Este-Oeste, en aquella mansión ocupada por cinco mil sepulturas, y en la cual yacen reducidos á polvo mas de *ciento cincuenta y cuatro mil cadáveres*, que han entrado en ella durante los treinta y cuatro años que contaba de vida cuando yo la visité.

Adorna cada cuadro del fatídico jardín una hilera de atalayas ó piras, y sobre ellos se posa el buho, que con tégubre chillido adierme durante la noche á la iluminada comparsa. ¿Por qué callan todos los convidados sumidos en perpétuo sueño? ¿Por qué no levantan ahora las cinceladas copas? ¿Por qué no repite los ecos de sus pícaras cántigas el artesonado del suntuoso salón donde zamboraron y holieron? ¿Qué se han hecho aquellas deidades que respirando juventud y lozanía animaban al ensortado poeta con celestiales sonrisas? ¿Duermen también allí?... ¿Y sus deliciosas esperanzas? ¿Sus proyectos? ¿Su hermosura? ¿Orgullo, vanidad, presunción! ¿Humo, tierra y cenizas!

En uno de los cuadros destinados á guardar el polvo en que se convierten ilustres generaciones, trabajaba un hombre; no era el sepulturero, á la sazón ausente. Su tez tostada y sus callosos brazos revelaban al artesano infeliz que gana su amargo pan espuesto á los ardores del sol de los trópicos, desde el toque del *San María* hasta la noche; era un cantero, y se ocupaba, cuando yo la divisé, en rodear varias losas sepulcrales que el ravín ó la fatididad quería sustituir á las ya despedazadas ó rotas. Veníjse la favorable ocasión que se me presentaba de saber algunas particularidades del *Cementerio*, y desde luego me dirigí al trabajador pidiéndole me señalase la aquilina del amigo cuyo recuerdo me había hecho penetrar en el recinto de la muerte.

—¿Era hombre de campanilla? me respondió era vez asustada.

—No, le dije; pero si un hombre llamado. —¿Porque así se dice, continuó sin hacer caso de mis palabras, lo he llama V. allí, á la cabeza de los deudos, en primera fila. Ese es el sitio donde se entierra á los títulos y á los vienes; y en el otro lado, enfrente de nosotros, á los obispos, á los frailes y á los curas. —¿Qué murmuré tan debilitado como si los muertos pudieran oírme, ¿también hay memoria en el mundo del olvido? —Mi interlocutor no me contestó; me miraba estógicamente, araso no entendí lo que yo había dicho. —Si ese amigo que V. busca, dijo al fin, ha venido al *Cementerio* de poco tiempo acá, puede V. rastrear las piedras nuevas y leer los nombres de los que con ellas debalo: como yo no sé leer, me está imposible acertar con los deudos de V.; pero V. puede hacerlo, que no le costará mucha trabajo. — Mi pobre amigo me desmenuó obrizado á la sombra de una losa de mármol.

—¿También hay sepulturas de piedra romana; las de las palmas que... —No es eso lo que quería decir. El hombre que busca ha dejado á su familia sumida en el mayor dolor, de los lagrimas de su esposa no se han enjugo todavía, y V. no ignora que las locas fantasmas no se pagan el mismo día que se cubre de tierra el cadáver. — ¿Oh! seguramente que no; hay que traerlos de lejos, pues no se traen en la Habana.

—Mi amigo, pues, no tiene base que indique dónde yace. — En ese caso trabajo le mando á V. Si al menos estuviese aquí el sepulturero, pero ha ido á la ciudad. El podría satisfacer á V., porque sabe de memoria todos los hoyos que contienen difuntos, y las familias á que estos pertenecen. — Y dígame V., buen hombre, ¿puede suceder que el sepulturero se equivoque, y que llado en su indicación eloque un padre una lápida sobre el cuerpo de algun estuado, creyendo de buena fé acillar con ella los restos de un hijo querido? — ¿Cá loo, señor; eso no acontece, aunque nada tendría de particular, porque... ¿qué importancia? La intención del padre siempre sería la misma....

Quedé adhiriendo de la sencillez con que aquel jornalero acababa de esponer una gran verdad, que es el mas fuerte argumento contra los que imaginan que nada hay mas allá de lo que palpamos, al mismo tiempo que su corazón jamás les impide á practicar una obra meritoria, falsamente persuadidos de que no hay virtud en hacerlo si no la recibe aquel para quien es destinada.

El cantero prosiguió: —Vea V. allá unos sepulcros que desde media legua se conocen, y le aseguro que esas piedras ocultan muy raras; es verdad que son de lo mejor que viene de Boston y de Nueva-York. — ¿Habla V. de esas que ostentan ilustres dictados? — Sí, y nadie puede negar que es hombre de mucha habilidad el que ha labrado tan hermosos trofeos. — Con efecto; mas no entienda lo que significan un escudo de armas ni una corona de rondo sobre un sepulcro. Me parecía que de aquellas puertas adentro no hallaría ya entre los que fueron hombres distinguidos ridículas; porque, aunque esas magníficas losas cubiertas de títulos en relieve, ¿impedirán

(1) Hácese así á una piedra oscura, durísima, que se extrae de las canchales cuyo nombre lleva.

(2) Así consta de una memoria que existe en 1806 en el archivo de la biblioteca de San Francisco de la Habana.

que V. los pise cuando tenga que remover los inmediatos? ¿No las levantará V. mañana tal vez si el agua abre en ellas alguna grieta? ¿No arrojará V. á un rincón esas armas para poner en su lugar otras nuevas, que correrán la misma suerte al cabo de veinte, treinta ó cuarenta años? ¿Cuánto mas elocuentes y modestas son las primeras piedras inmediatas á la capilla!

Para los Presidentes Gobernadores.

Para los beneméritos del Estado.

Para los Generales de las reales armas.

Para los Magistrados.

Aquí no hay pompas, no hay nombres, no hay familias, no hay hazañas; solo hay... servicios á la patria. ¿Y al otro lado?... Veamos.

Para los obispos.

Para las dignidades eclesiásticas.

Sacerdotes.

Tampoco hay nombres ni pretensiones fastuosas; pero sí virtud evangélica, humildad. ¿Y quién se atreve á ser soberbio en la huesa? —Si por ahí la toma V., ¿qué me dirá de una cabeza de muger y de otros signos estrabómbicos que cubren toda la parte superior de cierta losa?... Por aquí ha de andar... Hele allí.—Ah, buen cicero! Esas son las artes; ese es el genio. Aposto á que el cadáver aquí sepultado animaba un alma de pintor. Déjeme V. leer....

VENIAM.

Sus discípulos y amigos.

Estos son los únicos trofeos que el mortal puede ostentar con orgullo, aun despues que no respira, porque en ellos deja una memoria de lo que fué; y lo que fué es lo que todos debíamos ser: virtuosos y útiles.—Si fué todo eso, bien merece una distincion encima de su sepulcro.—Ya ha obtenido la mas dulce de cuantas se prodigan á los que no existen.—Con todo, señor mio, no ha visto V. esas otras losas.—¿Qué leeré en ellas? Una enfermedad epidémica, una manía de hacer eterna nuestra vanidad. Bien dicen que está dura mas que la vida; dentro de estas paredes hay sobradas pruebas. Sin embargo, debe ser bien infeliz la madre que ha hecho grabar este epitafio:

*¡Madres desconsoladas! ¡Almas venables!
Si buscáis al que fué el mas tierno de los hijos,
Aquí yace.*

Apenas hubo pronunciado estas palabras, oí que el cantero sollozaba; yo le dije:—Se conoce á una madre en todos sus afectos; y en todas sus frases. ¿Qué pecho no se conmueve al escuchar tan patética inscripcion?—Escribame V., me respondió temblando, ese epitafio en un papel, nunca sea con lápiz.—No tengo inconveniente; pero quisiera saber....—Es que pienso colocarlo en la piedra de mi hijo, que murió hace quince dias y está allí el último de todos.—¿Ha perdido V. un hijo?—Amigo, le tengo íntima, porque al fin sabe V. ya qué cosa es dolor. ¿Qué edad tenía?—Seis años.—¿Seis años nada mas y V. le llora! Lamente mas bien la imposibilidad en que se halla de enterrarse con él. Compádecese V. de sí mismo porque vive.—No comprendo eso.—Lo creo, supuestó que los dos debemos pensar de distinto modo; pero está V. seguro de que esa criatura, cuyo tan pronto fúlcido le contrasta tanto, merecía haber sido conducida aquí con música. ¿Qué perspectiva le ofrecía el mundo? ¿Qué comodidades y regalos le esperaban? V. mismo que hoy recuerda sus gracias con amargura ¿qué podría darle si viviese? Un pedazo de pan duro, regado con lágrimas. ¿No es así?—¡Oh!... sí, pero al fin, yo era su padre....—Entoraluena; es decir que tendría V. un diabólico placer al considerar á su hijo cubierto de andrajos, despreciado, repellido de todas partes, sin mas recurso que un oficio miserable, y espuesto al furor de las enfermedades inherentes á la naturaleza humana: esto suponiendo que llegase á ser un hombre pacífico y honrado. ¿Y en caso contrario? ¿Qué satisfacción para V. le de saber que su hijo, convertido en miembro podrido de la sociedad, dado á la crapula y al libertinaje, había corrido, de desorden en desorden y de crimen en crimen, todos los escalones de su perversa carrera; para acabar en un patibulo!....—Por Dios, señor, qué pronósticos tan.... Nada, nada; esta es, si V. quiere, una verdad terrible, pero tambien provechosa, porque no hay una sola que no lo sea.

El cantero se separó de mí y prosiguió su tarea interrumpida; las ideas que le fué de su niño, enterrado á pocos pasos de donde él estaba, despertó en mi mente, me trastornaron. Un sudor frío bañaba mi frente, mis dientes se entrosocaban, y para no caer tuve que apoyarme en la balaustrada de hierro que rodea los sepulcros. Un fantasma presentimiento se fijó desde entonces en mi corazón. Cerré los ojos sin saber por qué... Creí que iba á exhalar el último suspiro.

Ignora lo que fué del cantero, pues cuando volví en mí acuérdo no le vi ya en su puesto. ¡Incesante l lloqué! ¡Si habrá creído que estoy loco ó que soy algun malhechor! ¡Un delincuente en el *Cementerio*! Imposible. Se levantarían los muertos para arrojarle las lapidas sepulcrales. Sobre las tumbas solo pasea el desgraciado, cuya conciencia está libre de remordimientos.

Era ya la noche. El véntulo farol de la puerta interior del *Campo Santa* prestaba al sagrado recinto misteriosa claridad. Un hombre se acercaba á mí cantando; era el sepulturero. Volviendo á recibir las fuerzas que algunos recuerdos penosos habian convertido en melancólico abatimiento, me adelanté. Al aproximarse á mí estremeci, y las palabras que iba á dirigirme quedaron anudadas en mi garganta. Por último, la misma repugnancia me dió aliento.—¿Puede V. indicarme el sitio que ocupa D. N....? Le pregunté sin mirarle.—¿Por qué no? me contestó. ¿Vé V. esos dos sepulcros sin losa en el cuadro de la izquierda?—Sí.—El de mas allá.—Muchas gracias.

Dirigi mis pasos al parage indicado, y tuve el consuelo de orar sobre la tumba de mi amigo.

Al salir del *Cementerio* encontré de nuevo á aquel hombre fatidico, y un supersticioso temor me obligó á hablarle otra vez.—Este *Campo*, le dije, es muy pequeño para una poblacion tan grande como la Habana.—No, señor; me respondió; es bastante proporcionado.—¿Muere mucha gente?—Así, así; el año pasado se hacia mas negocio.—¿Báhubo? exclamé en voz baja.—Repáre V. en ese pedazo de tierra mas elevado que los otros.—Ya; habrá muchos cadáveres amontonados.—Ha acertado V., pero pronto mudarán de sitio.—¿Cómo? Eso sería una profanacion.—No por cierto; mire V., cuando el terreno forma esa altura, se saca la tierra con azadones hasta igualarlo con el otro, y los huesos se depositan allí.

Diciendo esto me señaló con la mayor indiferencia cuatro *causos* que al pie de igual número de pirámides de piedra se ven enstruidos en los cuatro ángulos del *Cementerio*.

ADEN-ZAIDE.

LA EMANCIPACION DE LOS COMUNES.

La emancipacion de los comunes verificada en Francia por Luis el Gordó en el siglo XII, es un hecho conocido de todo el mundo, ratificado por todos los historiadores, é ilustrado bajo todos conceptos. Cuando se trató en estos últimos tiempos de pintar la historia de Francia en cuadros, en el magnifico museo de Versailles, no falló quien consagrara á este hecho importante una página de dimension extraordinaria que reproduce aquí nuestro grabado. Desgraciadamente la escena supuesta por el artista jamás tuvo lugar, por la razon de que Luis el Gordó no fué, como se le supone, el *causido* de los comunes, ó para hablar con mas claridad, del *tercer estado*. El origen de este poder importante que debia acrecentarse de siglo en siglo, remonta á los primeros siglos, y en la Bretaña, en la Normandía, en el Anjou, y en el Maine es sobre todo donde es preciso estudiar el principio de su historia.

Agustín Thierry ha probado hasta la evidencia lo que insertamos aquí, y no podemos menos de recomendar á nuestros lectores lean sus memorias sobre la historia de Francia. Encontrarán en ellas las pruebas del error cometido en la pintura del cuadro de Versailles y los por menores mas estensos sobre el verdadero origen de los comunes; nos contentaremos con citar el pasaje relativo al de Mases. La historia de esta, está relacionada con la famosa conquista de Inglaterra por los Normandos, en el año 1066.

Encerrado, por decirlo así, entre dos estados á qual mas poderosos, la Normandía y el Anjou, el condado del Maine parecia destinado á caer alternativamente bajo la supremacia del uno ó del otro; pero, á pesar de esta desventaja, los mainenses luchaban muchas veces con heroismo para restablecer ó recuperar su independencia nacional. Algunos años antes de su desmembramiento en Inglaterra, el duque Guillermo el Bastardo fué reconocido como señor feudal del Maine por Hérbert, conde de este país, enemigo acérrimo del poder anjovino, y á quien sus incursiones nocturnas en las aldeas del Anjou habian hecho dar el sobrenombre estravagante y vergonzoso de Despierta-Perros. Los mainenses, como vasallos del duque de Normandía, le entregaron su resistencia su contingente de ginetes y arqueros; pero cuando le vieron ocupado de los cuidados y dificultades de la conquista, pensaron emanciparse de la dominacion normanda. Nobles, soldados, aldeanos, todas las clases de la poblacion concurren á esta obra patriótica.

El movimiento impreso en los ánimos por esta insurreccion no se paralizó cuando el Maine se restituyó á sus señores nacionales, y vióse entonces estallar en la principal ciudad una revolucion de un



La emancipación de los comunes.

nuevo género. Después de haber combatido por la independencia, los aldeanos del Maine, vueltos á sus hogares, empezaron á hallar oneroso y vejatorio el gobierno de su conde, y se irritaron por una porción de cosas que habían tolerado hasta entonces. Al primer tributo que les impuso un tanto oneroso, se sublevaron todos y formaron entre sí una asociación que se organizó bajo los órdenes de jefes electivos, y tomó el nombre de *communa*. El conde que reinaba era muy jóven; tenía por tutor á Geoffroy de Moyens, magnate poderoso y célebre por su tacto político, Geoffroy, cediendo al imperio de las circunstancias, juró en su nombre y en el de su pueblo por los comunes, y prestó así obediencia á las leyes establecidas contra su propio poder.

Hé aquí cómo se emanciparon los comunes, ó mas bien se formaron casi por todas partes antes del reinado de Luis el Gordo. El dominio de este último, comprendido entre el Somme y el Lorena, estaba muy lejos de representar la Francia actual para que pueda atribuírsele la constitución del tercer estado en esta nación. Esta constitución produjo por todas partes el resultado del enriquecimiento y la importancia siempre progresiva de la clase media. Las municipalidades compraron los privilegios ó los conquistaron, y formaron de este modo los comunes combatidos siempre por los magnates, pero por los victoriosos.

MISERIA Y VIRTUD.

(Conclusión.)

Doña Sinfrososa había oído hablar antes de su desgracia de algunos á quienes la fortuna insolente de favor algunas veces había fijado su rueda voluble á las puertas de su mansion; la época era propicia para nárra, y la vida del oidor creyó pobre cuitada! que aquellos á quienes la suerte favorecía con los bienes de la tierra, debían poseer un corazón sensible y ansioso de procurar el bien á las familias y salvar algunas del deshonor. Determinó, pues, arrojarse á las plantas de uno de esos favoritos de la fortuna, y en nombre de la religion y de un Dios de caridad implorar su compasión. Dirigióse al efecto un día sostenida por su anjel, que así se complacía en apellidar á su hija, á casa de uno de los favoritos de la nueva época; un gran palacio, si no tan sólido ni tan imponente como solian en otro tiempo levantarlos los que dedicaban su vida y su alma á la defensa de la independencia, decoro y buen nombre de su patria, mas brillante en la apariencia era el templo que se había erigido al nuevo potentado que había labrado su pingüe aunque flotante caudal en las repetidas contrataciones por las que se sacrificaba á su poder los recursos de su país y la vida de los que por él peleaban en los campos de batalla, para solazarse el entregados y placeres, que para cierta gente nada importa que cada gota del licor que sorben sea el producto de muchas gotas de sangre de-

ramada: su Dios es el egoísmo, y su religion el propio bienestar. ¿Qué importa lo demás? Vivan ellos y gocen y rian, siquiera el pedestal del trono que alzan á su orgullo se halle formado de cadáveres todavía palpitanes. Gozemos aquí, se dicen: que allá... ¿No es esto el escepticismo, la duda, el egoísmo que tantos prosélitos han hecho en nuestro siglo de ilustración?

Hemos dicho que la vida del oidor estaba destinada á devorar toda clase de infortunios y de sinsabores, y así era en efecto: el rico hombre á quien se dirigió primero sin saberlo había sido en su juventud page del oidor, y á su arribo se había instruido competentemente en algunas materias escolásticas; mas dotado de una imaginación ardiente, de un carácter emprendedor y aventurero y no poco intrigante, no bien abandonó la casa de sus antiguos protectores, cuando se lanzó en esas empresas atrevidas que á favor del oidor que reinaba por entonces en el régimen del estado, eran casi siempre una fuente mina órgada de rico y abundante manera; así es que en poco tiempo el ex-page del oidor vino á pasar de especulación en especulación y de contrata en contrata, en ser uno de los mas poderosos é influyentes sujetos de aquel tiempo: empero lleno tambien de orgullo el corazón y cerrado á toda clase de lamentos, avezado á oír resonar en sus oídos el renombre que le daban de usurero y de explotador, se había hecho mucho mas impasible que lo era ya á los males de sus semejantes, persuadido que si alguien sufría por la miseria, era por su indolencia, y por querer empeñarse en seguir ciertos principios de probidad que los adoradores del becerro de oro, ya muchos en número, rechazaban. Para esta clase de hombres solo la intriga y el engaño es la verdadera inteligencia, y el verdadero talento el saber explotar la credulidad y buena fé de los demás.

Cuando doña Sinfrososa supo quién era el dueño de aquel palacio, se estremeció al pronto y quiso volver atrás; mas vuelta al momento en sí y aceptando resignada aquella nueva y punzante humillacion, creyó que el cielo apiadado al fin de sus males, la deparaba aquel protector que habiendo partido con él el pan en tiempos de su bonanza, debía considerarse deudor á aliviar al menos la suerte infauusta de sus antiguos amos. Repasaba la ex-oidora su memoria y no encontraba en el tiempo que el ex-page estuvo á su servicio mas que pruebas de sumision completa á sus órdenes que casi rayaban en servilismo; recordaba la deferencia y respeto que había mostrado por su Lucea, y de todas sus acciones concluía la buena señora que al saber su nombre el nuevo favorito de la fortuna, no podría menos de recordar aquellos tiempos, tranquilos para él, felices para sus amos, y viendo ahora la estrepitosa decadencia de estos, enternecerse y abrirles el corazón á la esperanza. Creía la buena anciana, que aunque el ex-page no quisiera aliviar enteramente su suerte millandada, procuraría influir en el ánimo de los gobernantes para concederle una pensión, que por escasa que fuera, la evitaria al menos la dolorosa humillacion de ir de puerta en puerta reclamando la pública caridad.

Pero la buena de doña Sinfrososa, juzgando por el suya el corazón de los demás, y que las máximas y preceptos religiosos que ella tenía

tan profundamente arraigados en su alma, lo estaban igualmente en el ánimo de todos sus semejantes, no contaba, como vulgarmente suele decirse, con la huéspeda: así es que la primera vez que se presentó en los umbrales de aquella casa que había hecho renacer su confianza, recibió por única respuesta un seco «no está el amo en casa», cerrándola violentamente la puerta en los brazos que la dejó hollada de espanto. Lucía, mas tímida que su madre, quería al momento retirarse, viendo lo despiadadamente que habían sido recibidos en su primera tentativa; pero el cariño materno que no tiene semejante ni un mediano parentesco cuando se trata de salvar la existencia de sus hijos, permaneció tranquila á faz de tanta crueldad, insistiendo en no salir de aquella casa sin haber obtenido una audiencia del millonario.

Los criados son siempre el reflejo de sus señores: así es que rara vez ó casi nunca sucede que el poderoso que tiene un corazón sensible á los males de sus semejantes, se sirva de gentes inhumanas y egoístas, que so pretexto de conservar la tranquilidad y reposo de su amo, maltraten á quien llega humildemente á implorar su protección. Los hombres también, á quienes la suerte favorece con insolente prodigalidad, y que han subido desde la más ostigada en su principio por la desgracia y la pobreza, cuando se ven en la cima de la fortuna, sucede de ordinario que olvidando su origen se creen unos señores, y que el estado próspero á que han llegado es debido sólo á su talento y mérito, y que nada es capaz de conmover el edificio sobre que asientan su dominio. Vengan para ellos, por un acaso, los días de la adversidad, y se les ve tornarse en bajos, miserables, castigos y adolorados.

Una y otra vez y otra insistió la buena de doña Sinfonosa en ver al nuevo palatado, y otras tantas recibió de sus criados insultos y groserías, por lo cual la viuda del oidor creyó sería mas prudente dirigirse por escrito al ex-páge, intentando por este medio el último recurso que le quedaba para implorar su asistencia. Pasóse, sin embargo, algunos días antes de recibir contestación alguna, cuando una mañana que sin desayunarse tan solo por carecer absolutamente de recursos, se apostaban á salir á implorar la caridad pública, estuvo una mujer en su desmantelada bohardilla, cubierta con un pañolón, que con aire al parecer compungido y triste, y después de no pocas rodeos, las dijo venía de parte de aquel á quien habían escrito para decirles que faltándole una jóven que se encargase del régimen interior de su casa, en atención á que los negocios le absorbían todo el tiempo, había creído que nada sería mas conveniente para la señorita Lucía que aceptar aquella plaza, y que entre tanto le mandaba á su madre un napoleon para remediarlo.

Asurta y casi enagenada por el dolor oyó la pobre viuda aquella embajada, y una palidez lividamente espantosa cubrió por momentos su semblante: veía al través de la humillación cruel que se le atrojaba á la faz, el deshonrar que por grados quería infringirse á su pobre hijo; juntábase á su herida imaginación la escala de degradación á que se le quería sujetar, su fama mancillada, sus principios religiosos escarmentados, humillada su altivez: toda una vida de rectitud y de virtudes, resguardando el cesar y con vigilancia esquisita el honor siempre inclinado de su Lucía, espueso á ser la víctima del orgullo de un ingrato que se recompensaría en rebajas y destruya lo mas puro de su ternura; veía, en fin, la desgracia, el vilipendio y el desprecio resultados, descender sobre la vida de aquella flor tan pura y tan admirada por su inocente candidez.

Sus lábios temblorosos y llenos de indignación, apenas pudieron pronunciar un «gracias por todo, no acepto nada» que no dijeran medio alguno á la fingida caritativa mensajera de contestar, retirándose al instante dejando á la madre y á la hija entregadas á tal remolón, que por mucho tiempo ni aun sus lágrimas pudieron correr libremente. Lucía estrechamente abrazada con su madre se esforzaba en reiterarle su cariño y consolarla; pero la infeliz parecia no existir. ¿Cuánto acibar había derramado en su corazón! La copa de la amargura retosaba y se vertía.

Empero tantas desgracias repelidas y tantos golpes recibidos debían tener su fin: la pobre viuda, herida en lo mas sagrado de su alma, no pudo resistir á tantas amarguras, y postrado en cama, vió acercarse su última hora con esa calma inapagable y resignada del que no creyendo haber merecido una suerte tan ingrata, como solo á la providencia la reparsión de sus desgracias, y el porvenir de lo que ama. Asistida por el venerable sacerdote á quien estaba encomendada la cura de almas de su parroquia, y á cuya solicitud debió tan solo el no haber succumbido al hambre y á la necesidad, fué apagándose poco á poco aquella vida de martirio y de sacrificios, sin que fueran bastante á prolongarla los cuidados esquisitos en el tierno coto de la infelicitada Lucía, que veía fluir con su madre su felicidad futura, ni aun menos la asistencia de un facultativo estudioso é inteligente, aunque sin featura y no pocas veces inmercedida nombrada, que rogado por el piadoso estético conque con él á hacer menos dolorosas las últi-

mas horas de su agonía. La buena moribunda, sin embargo, convenida intencionalmente de su estado mortal y antes de recibir los últimos socorros espirituales que nuestra religión consoladora presta á sus fieles, quiso despedirse de su hija dirigiéndole sus consejos, estrechando al propio tiempo entre sus manos las suyas.

—Hija mia, la dijo, en quien he puesto todo mi cuidado desde que abriste tus ojos á la luz; no olvides nunca el santo temor de Dios que hemos procurado con esquisita vigilancia grabar en tu alma tu respetable padre y yo: sin él no hay tranquilidad alguna en esta vida, aun cuando el mundo le rodease de las mayores riquezas; sin el exacto cumplimiento de sus preceptos no gozarías de ninguna felicidad. No recuerdes nunca, querida Lucía de mi alma, la injusticia con que algunos nos han tratado, y si por el tiempo y con la ayuda de Dios tu suerte mejorara y la suya no fuera tan propicia como lo es ahora, no les deseases los beneficios y favores que estén en tu mano hacerles. Haz entonces, si los vieras necesitados, lo que hubieras querido hubieran hecho ahora por nosotros; que por este ventimiento de ti misma no podrás menos de alcanzar grandes mercedes. Sé modesta y recatada, hija querida de mis entrañas, y guarda cuidadosamente tu honor y tu decoro: el vicio se oculta muchas veces bajo una máscara púdica de hipocresía y de santidad, para engañar mas fácilmente sus fines locados y culpables; sé sorda á las lisonjas y á la compasión repentina que los hombres te tributan y sientan por tí: que si una vez llegares á caer indebidamente en su poder, no podrás ya levantarte sino hollada, vilipendiada y despreciada. La mujer debe ante todo guardar su honor y su buen nombre; la sociedad mundana que no sabe premiar á la que existe con firmeza los embates de una pasión, no digna nunca de escarmentar y molerse y despreciar abiertamente á la que ha bajado el primer escalon de la degradación de su alma. Ruego al Dios Todopoderoso ante cuya presencia voy á parecer dentro de poco, te liberte y preserve de todo mal, y para ello te bendigo con toda la ebulsion y cariño maternal de mi alma.

Algunas horas despues doña Sinfonosa se había ya rémido con su esposo en otro mundo mejor.

Aquí deberá ciertamente finalizar esta historia lamentable, si los lectores que por un exceso de bondad han seguido sus detalles, no se encontrasen autorizados para saber cual fué el paradero de la desgraciada huérfana del oidor, y á mas de esto pudieran sospechar que la justicia celeste, que con su madre se muestra implacable y cruda, no reserva consuelo ni recompensa alguna para los que se sujetan á sus lallos sin murmurar, con la esperanza de una recompensa eterna. Empero el cielo, aunque algunas veces descarga sus iras con rigor, no dejando alivio ni recurso alguno al desgraciado, mas que la esperanza que fuertemente y con muy raras excepciones proporciona en este mundo consuelos inesperados y bienestar infinitamente superior á los males y sinsabores padecidos. Esto se ve claro y patentemente en la infelicitada Lucía, y hé aquí como.

Casi enagenada la razón al ver á su madre ya fría y sin sentido, y casi sin fuerzas para llorar, el venerable sacerdote que había asistido tan resignada miseria hasta el borde mismo del sepulcro, cortó en busca de auxilios para dar al cadáver una modesta pero decente sepultura. Al mismo tiempo que recomendaba al cuidado de dos señoras, religiosas suyas, que vivían modestamente retiradas al abrigo de una corta renta, á la pobre huérfana, cuya desgraciada situación les contó en breves palabras. Ambas caritativas señoras, que aunque no muy adelantadas en bienes, eran poderosas en caridad, no pudieron menos de comprometerse á tanta desventura, y acogieron á Lucía como á una hija querida. Es verdad tambien que las religiosas inclinaciones de esta, su carácter dulce, su resignada voluntad, y su sumision decansa sin envilecimiento, la hicieron amar tanto en poco tiempo, que ambas ancianas hermanas creyeron que mas bien que una huéspeda importuna, les había entrado en su casa un ángel de paz y de ventura. Así pasaron algunos meses, cuando ya calmada la pena de Lucía, aunque no estinguída, y dando mil gracias á Dios de que al fin le había deparado un asilo seguro para el resto de sus días, sucedió que llegó una mañana un jóven, título de una de nuestras provincias, heredada ya y mas que medianamente rico, que venía á pasar una temporada en Madrid, y por lo tanto encargado de hacer una visita de parte de su madre á aquellas dos señoras, antiguas amigas suyas, para quienes traza una carta de recomendación.

A ser esta una novela, no faltaríamos aquí en describir minuciosamente las sensaciones de amor que experimentó nuestro jóven al descubrir el tesoro que por dicha y fortuna suya había encontrado; debiéramos le esperar; pero á fuer de verdades narradas de otros, no solo que las distracciones que una corte ofrece no fueran bastante poderosas para borrar de su alma la imagen de aquella joven que estaba, por decirlo así, en la antigüedad y el respeto que infundían las dos amigas de su familia, y que á esto se debió que las vieran con alegría, aunque muchos días sin el gozo de contemplar la belleza

virgen] y cautivadora de la que embargaba todos sus pensamientos.

Regresado á su país y al maternal regazo, hizo tales elogios á su madre de la modesta joya que vivía en compañía de sus amigas, y fue con tales las súplicas y tanto lo que la dijo que solo con ella creía poder ser feliz, que la buena de la madre, ya por carino y bondad para con su hijo, ya tambien secretamente inclinada hacia la que no conocía mas que por relacion interesada, escribió á sus amigas de Madrid, cuando el caso é informándose de todo, concluyendo por suplicarlas consultasen el deseo é inclinacion de la voluntad de la señorita Lucia, para que fuese la felicidad y ventura de su único y querido hijo. Concluidos todos estos preparativos, y aceptado por ambas partes el enlace, partieron las dos señoras con su hija (que así se complacian en llamarla) para la ciudad donde estaba situada la casa y propiedades de su futuro, donde á pocos momentos de su llegada, y prevenido ya todo, la pobre huérfana era ya esposa de un poderoso título de Castilla.

Querida de su madre adoptiva, tanto como lo es de su tierno y amante esposo, que no se ha separado un momento de su lado, desechando por no efectuarlo cuanto le han ofrecido sus amigos, que podía allugar cumplidamente su ambicion, su ambicion y afán de figurar tuviera, la ahora feliz Lucia no ha cambiado ni alterado ninguna de sus antiguas inclinaciones; solo si ha aumentado en un doble su caridad, el mas bello momento de sus dias, y la gran satisfacción que se la puede causar es indicarla una miseria que suocorer y un sufrimiento que calmar; y esta inclinacion santa que con gran placer de los tres ha hecho participar con igual atencion que ella á su madre política y á su esposo, les ha dado tal nombradía, que en muchas leguas á la redonda su casa no se la nombra mas que «la casa de los pobres.»

Luis MIQUEL y BOCA.

LA SIGEA, NOVELA ORIGINAL.

DE LA SEÑORITA DOÑA NATALIA FALCON.

Prima mía: desde que tengo la dicha de poseer tu cariño, todos mis pensamientos van unidos á tu memoria. Por eso algunas veces mas de leer tu nombre al frente de mis escritos, porque quiero que nuestros nombres formen el mismo lazo que forman nuestras almas.

CAROLINA CORONADO.

El amante de la estatua.

Permíteme que vuelva mis ojos amorosamente á Portugal siquier porque en él se halla hoy 4.º de mayo de 1850 una española célebre.

Dos meses hace que pasó de Toledo á Lisboa acompañada de su anciano padre la escritora Luisa Sigea, y uno que la restituyó á su servicio la princesa doña María, hija del rey D. Manuel. Todavía los cortesanos no conocen á la nueva dama, y esperan impacientes el día del besamanos para ver si la belleza corresponde á la fama que la ha dado su país.

Muy sea sero preciso que se presente la literata toletina si ha de parecerlo á la juventud portuguesa, para quien la sola prenda de ser española constituye la primera belleza de una mujer.

Infinitas damas hay en palacio: hermosas como la luz; pero todas tienen un defecto capital para los galanes de Lisboa. — Son portuguesas. La princesa misma no puede evitar que sus encantos aparezcan nublados á los ojos de los nobles, por mas que los rayos de sus brillantes den esplendor á su juvenil Osomía. Ninguna halla espesion en la dulzura de sus ojos negri-azules, ni gracia en la suaviza de su preciosa boca. La dama española debe de mirar con mas fuego y sonreír con mas amor. La dama española es la que desean ver.

Generosos con nosotros solamente los patrióticos lusitanos, nada hallan en el extranjero superior á las cosas de su reino; ni clima ni hábitos, ni bajéles, sino las damas españolas. Porque en sol les parece el mas brillante que alumbró la tierra, cuentan por cabezas la escuadrera caballería, y la suya por pies para que resulte la misma cuenta, y llaman á sus barquichuelos *terror de los mares*.

Pero ante nosotros se despoja el tono de su orgullo nacional; su lengua énfatica se hace humilde, y los enemigos de los castellanos se posturan á nuestras plantas como los indios que adoraban á Colon.

Si ha de acontecer por dicha que en los venideros siglos se una á la grande España el pequeño Portugal, no creas que esto se verifique por la reunida de las armas, sino por los brazos del amor. La fuerza

de atraccion que tiene España para absorber al fin á su vecino, no es la del acero, es la de la belleza. Dios ha puesto en el corazón de los portugueses una irresistible simpatía que los impulsa á buscar en España su felicidad.

En un principio no querrán ceder en su patriotismo, y rolarán á las españolas para identificarlas á sus país. Luego se conformarán con vivir en España siguiendo las costumbres de su pueblo, y mas tarde adoptarán nuestras costumbres y se confundirán las españolas que van con los portugueses que vienen. Lo que no alcanzaron los batallas de tan denodados guerreros, lo alcanzarán las sonrisas de las lindas mugeres, y antes de muchos siglos España y Portugal no formarán sino una sola familia.

Pero estamos en 1850 y todavía no es tiempo de discutir de este modo, sino de continuar sencillamente la relacion de unos hechos que nada tienen que ver con la union de España y Portugal.

Hoy es el cumpleaños de la princesa doña María, y hay besamanos al que no puede menos de concurrir la dama española.

Los jóvenes de quince á veinte años estiran sus bigotes cuanto pueden consentir el flexible bozo que apenas sombra el labio. Los de veinte y cinco á treinta recortan el mostacho para suavizar la densa sombra de las ásperas cejas. Los hombres de cuarenta á cincuenta se empolvan la peluca.

Uno solo entre los cortesanos permanece inactivo en medio de la vanidosa faena. Ni siquiera piensa en asistir al besamanos. Y es joven, gallardo, enamorado y presumido. Y sabe por tradicion, que es hermosa la Sigea. Pero con una palabra se explica su indiferencia, su apatía. Este caballero es español y no puede ofrecerle novedad la vista de una española.

No sé si habreis leído otras novelas en las cuales, he descrito los jardines de Portugal, pero si las leisteis, aborradme el trabajo de una nueva descripcion recordando aquella, y sino las habreis leído, tomad la molestia de buscar el capítulo 3.º de *Musina*, donde agoté mi vena poética haciendo brotar con profusion toda clase de árboles y de flores y de cascadas y de fuentes. Nada vuelvo yo á escribir tan florido como aquel capítulo de pura vejetacion en el cual cada palabra es una rama de sáncie ó de naranjo, y cada letra una oja de nardo ó de jazmin. Es un capítulo aquel que copiaría de buena gana introduciéndolo en esta novela sino fuese porque es ya propiedad del editor portugués, que *perseguirá ante la ley al que lo reimprima*.

Digo todo esto porque las ventanas del pabellon que habita la escritora de Toledo, dan sobre el jardín real, y mis lectores naturalmente querrán saber cómo es este jardín. Esto es muy justo, desde que el primer escritor dió á su lector el adjetivo de curioso ha sido curioso siempre y seguirá siéndolo mientras haya escritores. Yo comprendo bien la curiosidad que tendrá ahora por saber cómo era el real jardín, pero repito que nada vuelvo á escribir como el capítulo 3.º de *Musina*.

Basta para dar una idea del jardín real con el sibido de los portugueses, que ponderan así su magnificencia como si las palabras no fueran suficiente expresivas para hacer su elogio.

Todas las mañanas pastan entre los árboles multitud de jóvenes que espian el momento de ver á la Sigea asomada á sus ventanas. Pero inútilmente, porque ella permanece oculta en el fondo de su habitacion todo el tiempo que la dejan libre sus tareas en el cuarto de la princesa.

La sombra de la arbolada empieza á dibujarse en el suelo, cuando el caballero de Castilla, no con objeto de ver á la española, sino con otro que no ha querido decirme, ni yo me atreveré á preguntar, se ha detenido cerca de una Venus de Carrara, que por un capricho de su escultor arroja dos caños de purísima agua por cada uno de sus hermosos pechos. Parece aquella Venus la nodriza de todas las flores que se alimentan en el jardín con su abundante jugo.

El caballero español cruzado de brazos contemplaba estético la escultura, cuando uno de los cortesanos portugueses que hablaba nuestra idioma, se acercó y le dijo dándole un golpe en la espalda.

— ¡Ya estamos! ¡Deus, tú te hallas enamorado de esa piedra!

Ríde el español, y contestó volviendo la cabeza, pero sin apartar los ojos de la estatua:

— ¡Mira que es hermosa!

— Pero de piedra. ¡ Hermosa la *menina* española! La he visto ayer por la espalda al pasar á la sala de guardia, y....

— No será como ésta.

— *Ainda mais*.

— ¿Qué sabes sino la has visto mas que por la espalda?

— Pero soy un linca: se me traslucen las cabezas bellas aunque las vea por el revés. ¿Vendrás al besamanos?

— No. Respondió el español sentándose enfrente de la estatua.

— ¡Deus! vas á perder el juefín. Mariano, con esa regadera de los jardines.

Retiróse el portugués y se unió á los otros compañeros, que se alejaron riendo de la extravagancia del castecó. Un minuto después

de haber desaparecido ellos asomó á una de las ventanas que daba sobre la fuente la linda cabeza de la tolelina.

Los reflejos todavía pálidos del sol de primavera esmaltaban la blanca frente del espútil, haciéndola lucir como si fuese de plata. Su ligote estático, ensortijado graciosamente, se unía por las estronidades á los grupos de sus cabellos, que avanzaban hasta las mejillas, envolviendo el óvalo de su rostro en una sombra como la que dan á sus cuadros los pintores de la escuela de Rivera. Tenía el caballero apoyada la cabeza en la mano izquierda, el codo en el relieve de una columna, y los pies indolentemente cruzados. El traje de terciopelo negro con los vistosos greguescos y locidos ropales de la corte de don Manuel, favorecerían al jóven lo bastante para que pareciese más bello y más gallardo de lo que era. Porque en realidad su rostro y su talla estaban muy lejos de ser perfectos. Tenía facciones irregulares y el cuerpo algo encorvado. Pero en estos momentos el sol, el terciopelo y su actitud lo embellecían con una triple ventaja.

La mirada de la escritora se detuvo en él primero con indiferencia, después con curiosidad, y por último con interés. —¿Qué contempla? se preguntó para sí.—Es la estatua, se respondió á sí misma.—Un ocioso, pensó después haciendo un gesto de desden; ¿por qué no llevaré un libro al jardín?

Sepárase de la ventana y se sentó cerca de una mesa donde se veía un gran pliego con párrafos escritos en distintos idiomas. El primero en latín, el segundo en griego y el tercero se puso á continuarlo en hebreo.

Escribió tranquilamente algunas líneas, y se levantó varias veces para hojear pergaminos y registrar diccionarios.

Una hora trabajaba, y sofocada se acercó á la ventana para respirar el aire fresco, sin acordarse ya del caballero que estaba en la fuente. Pero al verlo todavía en la misma postura se sorprendió y volvió de nuevo á examinarlo.

—¡Es mucha belleza! exclamó.—Este hombre es español indudablemente. Continuemos mi carta.

El cuarto párrafo de esta carta había de ir escrito en sánscrito, y aun faltaba el párrafo quinto que iba en arábigo.

La Sigea escribió con ardor dos horas más. Concluyó, cerró su carta y le puso la dirección:

Al Pontífice Paulo III.

Vistiéronse luego de ceremonia y se dirigió el salon de la princesa.

Los cortesanos formados en hileras aguardaban la hora del besamanos. El más impaciente era aquel portugués que había en la fuente con el amante de la estatua. Presentóse por fin doña María Seguida de sus damas, entre las que se vio aparecer á la escritora Tolelina. Pero las risueñas esperanzas de los jóvenes quedaron defraudadas con su presencia. En vez de una agradable salud, vivaracha, invitadora, se hallaron el porte de una inglesa.

La Sigea tenía la frente noble y suave, hermosos ojos, mejillas de vírgen, redondas y puras, y una boca de expresión inocente. El talle de la Sigea era delicado y magestuoso....

—¡Ah! exclamó en voz baja aquel portugués que la aguardaba ansioso, creí que á veintena Española sería más sandunguera.

La Sigea dirigió una mirada investigadora en torno de sí y volvió á bajar los ojos sin haber visto al Español.

Otros españoles concupieron al besamanos mas gallardos ciertamente que el amante de la estatua, pero la dama no fijó su atención en ellos.

Concluido el besamanos quiso la princesa bajar á los jardines y eligió para que la acompañasen á la duquesa de Alencastre, á la condesa de Almeida y á la escritora de Toledo.

Tímida la Sigea para aceptar un honor que no creía merecer todavía en palacio, dejó marchar delante á las ilustres damas, y las acompañó á una distancia respetuosa. Atravesaron gran parte del jardín y doña María se detuvo junto á la fuente, donde se elevaba la Venus.

La Sigea se detuvo también.

Pero, ¡cosa extraña! en vez de sentir un placer artístico, en la contemplación de la hermosa estatua, sintió un secreto disgusto que al tanto no se supo explicar. Su primer impulso, fué cubrir con su velo aquellas desnudas formas. El agua cristalina que descendían sus pechos le producía con el rumor de su caída una angustia dolorosa, y no pudo marcar la perfección de aquella torcada pierua, sin experimentar un sacudimiento en todas sus fibras. La duquesa de Alencastre vino á dar mas energía á esta sensación diciendo en inglés:

—¿Cómo no estará por aquí ese tanto de Mariano?

—El loco, no el tanto, repuso la princesa.

—Tanto loco, añadió la condesa de Almeida.

—Tanto no; volvió á corregir doña María.

Y luego repitió en voz baja.—Será preciso hacer pedazos la estatua.

La princesa no quiso ya pasear y se retiró del jardín silenciosamente.

La Sigea volvió á su habitación melancólica y disgustada.

Despojóse del traje de ceremonia y se puso á escribir sobre la influencia de la escultura en los sentidos. Basó en sus libros las noticias de los mejores escultores y se enseñó con Praxiteles.

Un trozo de este libro debe existir entre los manuscritos de la autora que dice lo siguiente, traducido del latín.

«La influencia de la escultura es muchas veces perniciosa al desarrollo de las pasiones. La juventud se fija más en las formas de una estatua, que en el estudio del arte; y atribuyo en gran manera el relajamiento de la sociedad griega, á la profusión de hermosas estatuas que adornaban sus plazas y sus paseos. Es cierto que este arte puede servir en beneficio de la filosofía y de la religión, inspirando á la escultura la fisonomía de personajes históricos ó de imágenes piadosas; pero los mejores escultores se han dedicado principalmente á copiar la belleza. ¡Esas Venus, esas Venus son el cebo del sensualismo, y Praxiteles la perdición de la juventud. ¿Por qué no dar al arte la severa expresión de la virtud, aunque no tengan las formas esa perfecta armonía? ¡Ah! ¡la belleza! ¡siempre la belleza de las formas! Siempre la forma nunca la esencia...»

Detóyose la escritora al llegar aquí, agitada por una ansiosa indignación y levantando la cabeza, con la pluma en la mano, se vio retratada por la pequeña cornucopia, que tenía enfrente. ¡Original, por cierto era el contraste que ofrecía lo que acaba de escribir y la imagen que se reproducía en el cristal. Cuando estaba ironizando contra la hermosura se veía ella mas hermosa que nunca, por el carmin que cubría su rostro y el noble fuego que animaba sus ojos. La escuela de la escuela espiritualista se olvidaba asimismo y combatía su propio mérito por sacar ventaja en su doctrina.

Pero no pudo menos de conocer la gracia del contraste y se sonrió.

—O ilmo. señor don Mariano Enriquez; anunció desde la puerta un page de la dama.

Soltó esta la pluma, volvió á mirarse al espejo; cedió sobre sus hombros un manto azul, y salió á la sala inmediata.

—Ilustre dama, dijo el español haciendo una refinada cortesía. Un servidor mío que ha llegado de Toledo, me trae la orden de que os presente mis servicios en nombre del mas apasionado de vuestros amigos.

—Es mucha honra para mí, contestó la escritora medio confusa con aquella inesperada visita.

—Este favor de nuestro amigo, prosiguió el jóven con galantería cortesana, pero con una frialdad que se echaba de ver en la apagado de sus ojos, me evitó buscar un pretexto para rendir á vuestra mérito el culto que rinde toda España.

—Caballejo como voz, tornó á responder la tolelina, no han menester recomendación para ser bien recibidos.

—El nombre de mi protector es vuestra persona, continuó el jóven dando á la voz de protector un tono de la mas hipocrita cortesanía. Es el marqués de Villana.

—El noble marqués no podrá haber elegido persona mas digna, para enviarme sus favores.

Ni una letra mas añadió el español y después de una breve pausa, cuando no había hecho sino tocar el asiento, como si estuviese herido de espaldas, se levantó y se despidió haciendo otra profunda cortesía.

La escritora quedó reflexionando unos instantes.

Se retiró á su aposento, fué del cobdón de una galera, y sacó tres pequeños lienzos sujetos con marcos de ébano.

Mirólos con una solemne arrogancia y dijo apoyando su frente en la palma de su mano izquierda.

—Remedios contra el amor. ¡Juro! ¡Práxide! ¡Leon! Sérez ingratos á quienes sacrifique los mas bellos dias de mi juventud; ¡Corazones vulgares! ¡Espíritus ignorantes, á quienes regalé tantas armonías. ¡Pobres sordos, pobres mudos, pobres ciegos, que no podáis ni oírme, ni responderme, ni comprender mi poética pasión.

Representaba el primer lienzo una figura muy gallarda, y pero cuyo gesto irónico y duro robaba el interés á su fisonomía. El segundo representaba á un jóven de noble aspecto, pero de mirada recelosa y defensiva. La imagen del tercer lienzo era insignificante, y solo podía llamar la atención aquel rebato, por la elegancia y lujo de su ropaje.

¡Necios! prosiguió la escritora, sin dejar de zarrear; necios que combatisteis mi virtud para quedar vmeidos; ¿qué queréis decir esas miradas que me lanzáis porque os he reunido á los tres? ¿No son dignos compañeros unos de otros, puesto que los tres me ofendisteis y que á los tres os desprecié?

Dormid como endraveses, bajo esta lora, añadió la escritora, colocándolos de nuevo en la galera, y dejando caer la lapa de su escritorio; dormid bajo esta lora, sobre la cual escribo todos los dias el epitafio de la misera humanidad. ¡No mas amores, Dios mío, concháyá la Sigea, aljando al cielo los ojos; guardad lo que ha quedado de este despreciado corazón para vuestra gloria solamente!...

En aquel instante los golpes de un martillo resonaron en el jardín.

Se oyó el estallido que hace al saltar la piedra, y luego un ruido como de una roca que se desploma estremeció las paredes.

Asonóse la Sigea y vió rodar la estatua de Venus partida en dos pedazos.

—¡Ay! exclamó con alegría, ¡han destruido la estatua!

—¡Malvados! gritó al mismo tiempo el caballero español apareciendo al fin de la arboleda; ¿qué haceis? y tiró de la espada.

Adelantóse el jardinero mayor hácia el amante de la estatua, y respondió:

—Cumplir las órdenes de S. A.

Guardó la espada Enriquez y se acercó á la estatua; cruzó los brazos y la miró dolorosamente.

La Sigea creyó distinguir dos gruesas lágrimas que rodaron por la mejilla del caballero y se consumieron en su bigote.

—¡Es muy extraño! ¡Es muy extraño esto que sucede, repitió la Sigea; ese jóven llora por una estatua... y yo lloro, y yo lloro... porque llora él!!!

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

DELIRIOS.

Correr ansioso tras la hermosa huella

Del dulce bien que el corazón adora,

Vicando vagar sobre la boca bella

Sonrisa encantadora;

Correr ardiendo en amorosa fiebre,

Correr buscando en público debrin

La espresion sonora que celebra

La faz de blanco lirio;

Aspirar un amor en su mirada

Que idioma humano frigidó no nombra;

Tender los brazos, estrechar la amada....

Y abrazar una sombra;

Y luego despertar con duro choque,

Sediento el labio y el mirar convulso,

Vibrando el pecho á cada áspero toque

Del agitado pulso;

Tal el tormento que mi mente oprime

Cuando persigue en curso vagabundo

Una felicidad pura, sublime,

Que no existe en el mundo;

Y cual la abeja va de tallo en tallo,

Va de ilusion en ilusion el seno;

Y al aspirar el dulce néctar, hallo

En vez de miel, veneno.

Y en vano á veces el amor me postra,

Y en vano el ritmo ardiente me electriza,

Ay! que al romperse su dorada costra

No hay mas que vil ceniza!

¡Y qué! ¿Será que con eternas plantas

Huya la sombra que mi pecho aflige?

Que ni una sola de ilusiones tantas

Tome cuerpo y se lije?

¡Oh! tú que en la region del éter puro,

Ser ignorado, mundos equilibras;

Tú que en las noches de misterio oscuro

El rayo ardiente vibras!

Dama la voz y la secreta seña

Que el velo espeso al diédalo levante;

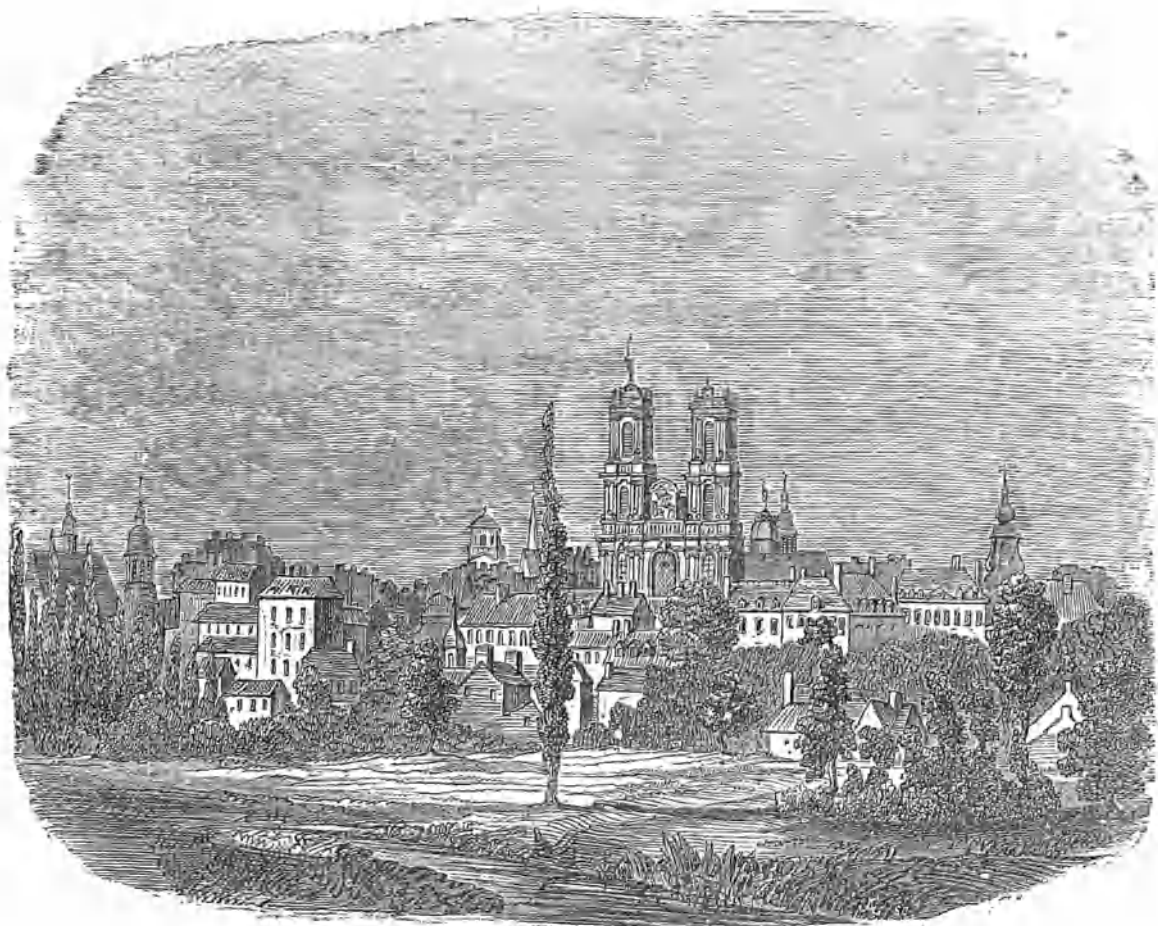
Y á esta fiebre ardorosa Tú me enseña

A encontrar el calmante.

JOSÉ M. DE MORÁN.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 43.

Arbol sin riego, casa sin techo, mujer sin amor, y marido desahogado,
son cuatro cosas que lleva el diablo.



Una Vista de Méjico.